

Programa de Formación Permanente

2017 Revitalización y santidad

8. Liturgia y santidad





**“SUBIÓ EL HUMO DEL INCIENSO CON LAS
ORACIONES DE LOS SANTOS” (AP 8,4).
CELEBRAR LA SANTIDAD DEL SOLO SANTO PARA
ALCANZAR LA PROPIA SANTIFICACIÓN**

Alabad a nuestro Dios, todos sus santos y los que teméis a Dios, pequeños y grandes, porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios todopoderoso. Con alegría y regocijo demosle gracias¹.

INTRODUCCIÓN

El llamado universal a la santidad, que el Padre Dios concede a todos sus hijos por el sacramento del bautismo, no solo es la meta de los que profesan el nombre de cristianos, sino que es, a la vez, una tarea, que día a día, se lleva a cabo en la cotidianidad de la vida. Es, en palabras del papa Benedicto XVI, “ante todo la santidad objetiva de la misma persona de Cristo, de su evangelio y de sus sacramentos, la santidad de aquella fuerza de lo alto que la anima e impulsa.

¹ Misal Romano, “Antífona de entrada”: *Común de santos y santas*.

Nosotros debemos ser santos para no crear una contradicción entre el signo que somos y la realidad que queremos significar”².

La santidad es el don más grande de Dios a su pueblo, mediante el cual lo constituye en el pueblo elegido de su propiedad; en el mayor tesoro, el reino de sacerdotes y la nación santa (cf. Éx 19,5-6). De igual manera es el don más grande de Cristo a su Iglesia y, por tanto, a cada uno de sus miembros en razón del bautismo, que consagra a los fieles en sacerdotes, profetas y reyes, convocados a anunciar “las virtudes de aquel que les ha llamado de las tinieblas a su luz admirable” (1P 2,9). Este misterio de la incorporación de los fieles al cuerpo de Cristo lo resume la oración que acompaña la unción del crisma en los ritos bautismales:

Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que te ha liberado del pecado y dado nueva vida
por el agua y el Espíritu Santo,
te consagre con el crisma de la salvación
para que entres a formar parte de su pueblo
y seas para siempre miembro de Cristo, sacerdote, profeta y rey³.

La Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, del Concilio Vaticano II, subraya esta ‘capacitación’ que otorga el bautismo para ofrecer el culto sagrado de la religión. Afirma:

Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana y, regenerados como hijos de Dios, tienen el deber de confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia... Los fieles de cualquier condición y estado que sean fortalecidos por tantos y tan poderosos medios, son llamados por Dios, cada uno por su camino, a la perfección de la santidad propia del Padre (LG 11).

Entonces la santidad es una vocación, es decir, un llamado de Dios a la humanidad. Por esta razón, san Pablo se dirigía a los ciudadanos de Roma con el nombre de ‘amados de Dios, llamados a ser santos’ (cf. Rm 1,7), demostrando así la predilección de Dios por aquellos que ha elegido. Para los cristianos, es una comunión intimísima con el mismo Cristo en virtud de la incorporación a su cuerpo, por la regeneración en el agua y el Espíritu. “La santidad, la participación en el sacerdocio de Cristo, es la máxima actividad, un *actio emines* de todo el pueblo de Dios y, a la vez, de cada hombre en la Iglesia”⁴.

En razón del bautismo, ser cristiano es sinónimo de ser santo. Pero, como anotaba al inicio, esta santidad es una meta y, a la vez, una tarea que se realiza de múltiples formas: en la vida cotidiana con la vivencia de los mandamientos y las bienaventuranzas; en la vocación específica a través de la manifestación de los

² Citado en P. Cervera Barranco, *El Año litúrgico predicado por Benedicto XVI. Ciclo A*, BAC, Madrid 2016, 284.

³ Ritual del Bautismo de Niños, “Plegaria de unción con el santo crisma”.

⁴ G. Richi Alberti, *Karol Wojtyla. Un pastor al servicio del Vaticano II*, BAC, Madrid 2014, 109.

carismas recibidos por el Espíritu Santo. Pero lo es también de modo admirable, por medio del ejercicio del sacerdocio bautismal, en la celebración de los sagrados misterios de la salvación: en la liturgia. Así reza una de las oraciones de la misa en Pascua:

La participación en los santos misterios
aumente, Señor, nuestra santidad,
y, al purificarnos de nuestros pecados,
nos haga cada vez más capaces de recibir tus dones⁵.

La plenitud de esta santidad no se alcanza en un solo día, sino que, como se afirma en el Apocalipsis: “El que es santo, siga santificándose” (Ap 22,11). Es el anhelo que mueve cada una de las fibras más íntimas del corazón del creyente, que lo impulsa a relacionarse día a día con el Señor, mediante la celebración de los sacramentos, la oración y el ejercicio de la caridad. La misma liturgia expresa este deseo incesante del cristiano y aclama:

Señor, te proclamamos admirable
y el solo santo entre todos los santos;
por eso imploramos de tu misericordia
que, realizando nuestra santidad
por la participación en la plenitud de tu amor,
pasemos de esta mesa de la Iglesia peregrina
al banquete del reino de los cielos⁶.

La liturgia, fuente y cumbre de la vida de la Iglesia (cf. SC 10), es en sí misma santificante en razón del sacerdocio común de los fieles, de la participación en el misterio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo y en la comunión de fe y gracia que se establece entre todos los miembros de la Iglesia. “Todo tiempo litúrgico y toda celebración litúrgica es un sacramental que actúa *ex opere operantis Ecclesiae*, esto es, en virtud de la eficacia moral de la santidad propia de la Iglesia, por la fuerza de la presencia misteriosa de Cristo”⁷.

Todos los esfuerzos de la liturgia tienden a establecer y desarrollar esta comunión íntima entre Dios y su pueblo elegido⁸; entre Cristo y su Iglesia y entre el Espíritu Santo y el pueblo que vivifica y regenera constantemente. La liturgia es, entonces, manifestación viva y eficaz de la santidad de Dios, porque “la vida de Dios está en Cristo; la vida de Cristo está en los pastores de la Iglesia; estos la realizan en los fieles, transmitiéndola por medio de los actos litúrgicos sacramentales, invocándola asiduamente con la fuerza intercesora de sus

⁵ Misal Romano, “Oración después de la comunión”: *Miércoles de la VII Semana de Pascua*.

⁶ Misal Romano, “Oración colecta”: *Solemnidad de Todos los Santos*.

⁷ M. Righetti, *Historia de la Liturgia. I. Introducción general*, BAC, Madrid 2013, 52.

⁸ Cf. M. Righetti, *Historia...* 51.

plegarias, disponiendo los fieles a recibirla o aumentarla mediante los sentimientos de fe, caridad, contrición, que sugiere la liturgia”⁹.

En esto consistió la reforma conciliar de la liturgia: en que los fieles pudiesen comprender aquello que celebraban, participaran de forma activa y provechosa de las celebraciones y descubrieran el misterio que encierran cada uno de los signos, gestos y palabras que en ella se realizan. No es solo el ‘hacer’, sino el ‘celebrar’ lo que da significado a la liturgia en sí misma y lo que hace de ella un instrumento de santificación. Con razón se dice en la *Sacrosanctum Concilium*:

En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte de aquella liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual, nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército eclesial; venerando la memoria de los santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste él, en nuestra vida, y nosotros nos manifestemos también gloriosos con él (SC 8).

Este mismo documento conciliar profundiza en la doble finalidad de la liturgia cuando dice que de ella mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin (cf. SC 10). Este doble movimiento, hacia Dios para ser glorificado y hacia el mismo hombre para alcanzar la santificación, es el que se realiza en cada acto litúrgico que la Iglesia celebra en comunión con Cristo, su cabeza.

Profundizar en lo que significa ser santo, a través del ejercicio del sacerdocio real, en la celebración de los sagrados misterios de la liturgia, es el objetivo principal de este escrito. Lo haremos a la luz del documento conciliar y de algunos libros litúrgicos, que permitan descubrir al lector el doble movimiento de la santidad en toda acción litúrgica: celebrar la santidad del solo santo y alcanzar la propia santificación en Cristo.

CELEBRAR LA SANTIDAD DEL TRES VECES SANTO

¡Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos! ¡Llena está la tierra de su gloria!

Esta expresión, tomada del *Libro de Isaías* en el capítulo sexto (6,3), describe la visión que tuvo el profeta de los serafines que glorificaban a Dios en el templo santo con este canto de alabanza, que también se encuentra en el *Libro del apocalipsis* en el contexto de la visión que Juan describe de los cuatro seres delante del trono del Cordero (cf. Ap 4,8). Ha sido tomada por la liturgia desde los inicios del cristianismo para expresar la unidad de toda la Iglesia (triumfante y celeste) en una magnífica sinfonía de alabanza a Dios.

⁹ M. Righetti, *Historia...* 51.

En efecto, se lee en el *Catecismo de la Iglesia Católica*: “El *Sanctus* expresa la alabanza de toda la creación –tierra y cielo, hombres y ángeles– al Señor de todo el universo, manifestando claramente que, ‘por la celebración eucarística, nos unimos ya a la liturgia del cielo’” (CEC 1326). La Iglesia siente que tiene que hacer suyas estas palabras, en un gesto similar al de los cuatro seres vivientes o al de los serafines, reconociendo la grandeza del Dios que se hará presente en el altar y ante el cual solo puede decir: “Digno eres, Señor y Dios nuestro, de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas; por tu voluntad existen y fueron creadas” (Ap 4,11).

El *Sanctus* tiene su origen en la tradición judía de la sinagoga, concretamente en la oración de la mañana que rezaba este trisagio inspirado en la visión del profeta Isaías. La Iglesia primitiva lo vincularía a su oración matutina como un himno dirigido al Dios todopoderoso. “Los Padres de la Iglesia concordaban en decir que era lícito para los cristianos unirse al coro de los ángeles que alaban al Señor en el cielo, a partir de la obra redentora realizada por Cristo. Así pues, a finales del siglo I el *Sanctus* hacía parte del conjunto de oraciones de la comunidad cristiana de Roma”¹⁰.

Testimonio de ello es un texto de san Clemente (+ 97) en carta dirigida a los corintios: “En él está nuestra gloria y nuestra confianza; sometámonos a su voluntad; consideremos cómo lo asisten y sirven a su querer toda la muchedumbre de sus ángeles. Dice, en efecto, la Escritura: Diez mil miríadas le asistían y mil millares lo servían y gritaban: ‘Santo, santo, santo, Señor Sabaoth; llena está la creación entera de su gloria’ (Dn 7,10; Is 6,3)”¹¹. Sin embargo, en un texto muy importante para la liturgia de Occidente, la *Traditio apostolica*, escrita probablemente hacia el año 215, no se encuentra esta aclamación en la liturgia de la misa o en la llamada *Anáfora de san Hipólito*.

Esta ausencia del *Sanctus* en la liturgia romana del siglo III hace pensar que fue primero en Oriente donde se inició la tradición que vincula esta aclamación al prefacio de la misa. Diversos textos orientales, como las *Constituciones apostólicas* (380) o la *Anáfora de Serapión* (350), son un testimonio claro de ello:

En tu presencia están los dos venerabilísimos
serafines de seis alas,
que con dos alas se cubren el rostro,
con dos, los pies y, con otras dos, vuelan,
y que proclaman tu santidad;
unidos a ellos, recibe también nuestra proclamación de
santidad mientras decimos:
‘Santo, santo, santo,

¹⁰ Cf. <http://interletras.com/musicaliturgica/Boletines/SANTO>.

¹¹ D. Ruiz Bueno, *Padres Apostólicos y Apologistas griegos (s. II)*, BAC, Madrid 2002, 195.

Señor, Dios Sabaoth;
llenos están el cielo y la tierra de tu gloria'¹².

En Occidente, en el siglo V, esta aclamación hizo parte del prefacio de la misa. Hacia el año 450 se sabe con certeza que su uso era ya común en la liturgia, pero es muy probable que estuviese reservado para las misas con presencia numerosa de fieles¹³. Con el uso ordinario de esta aclamación en la celebración eucarística, surgieron también varias novedades en el momento de añadir al texto bíblico de Isaías algunas otras expresiones. En primer lugar, se vinculó la expresión *caeli et* unida a *terra* para expresar la universalidad en la alabanza a Dios, más allá de los serafines y del templo de Jerusalén; más allá de la concepción judía de aquel tiempo al pensar que la majestuosidad de Dios se hallaba solo en el templo y en un pueblo. El centro de la glorificación, entonces, está en el cielo, que con la tierra están llenos de la gloria divina¹⁴.

Otra gran novedad es la inclusión de dos aclamaciones tomadas del evangelio de Mateo, que describen la escena de la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén: '¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!' (cf. Mt 21,9)¹⁵. De esto dan testimonio san Cesáreo de Arlés (dentro de la misa galicana) en el sermón 73, del año 543, y los manuscritos del *Canon romano* del siglo VII¹⁶. Esta magnífica unión de textos bíblicos en la aclamación del *Sanctus* le dio un carácter mesiánico: "Por la venida de Cristo en la carne, por su entrada como rey a Jerusalén y como esperanza en su venida al final de los tiempos"¹⁷. El texto permanece desde entonces y hasta hoy así:

*Santo, santo, santo es el Señor,
Dios del universo.
Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.
¡Hosanna en el cielo!
¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
¡Hosanna en el cielo!*

La unión del *Sanctus* y del *Benedictus* se convirtió en un único canto en dos momentos: primero se alaba al Dios uno y trino¹⁸ y, luego, al Padre por su Hijo

¹² Extracto de la *Anáfora del eucologio de Serapión*.

¹³ Cf. S. Marsilli et alli, *La Liturgia: Eucaristia: teologia e storia della celebrazione*, (Anámnesis 3/2), Marietti, Casale Monferrato 1983, 238.

¹⁴ Cf. <http://interletras.com/musicaliturgica/Boletines/SANTO>.

¹⁵ Cf. D. van Havre, *Amar la Misa*, Rialp, Madrid 2013, 116.

¹⁶ Cf. <http://interletras.com/musicaliturgica/Boletines/SANTO>.

¹⁷ <http://interletras.com/musicaliturgica/Boletines/SANTO>.

¹⁸ El pasaje de Isaías escribe "Santo, santo, santo" tres veces y, aunque no tuviera plena referencia a las personas de la Trinidad, en la Edad Media muchos comentaristas le daban al *Sanctus* interpretación trinitaria, al tiempo que en *Dominus Deus* comprendían su unidad divina. Esta concepción introdujo posteriormente los *tropos* al *Sanctus*, que luego desaparecieron.

Jesucristo que vino en su nombre¹⁹. Esta unión no se puede considerar como un simple añadido, sino que, como afirma Kunzler: “La idea de que la gloria de Dios llena el cielo y la tierra encuentra su concreción cristiana en el hecho de que, por primera vez mediante la venida de Cristo, la gloria de Dios llena la realidad creada de forma insuperable”²⁰.

Otro aspecto importante a tener en cuenta en la celebración actual de la misa es la ubicación que esta aclamación tiene en el conjunto de la plegaria eucarística. El número 79 de la *Instrucción general del Misal Romano*²¹ señala: “Los principales elementos de que consta la plegaria eucarística pueden distinguirse de esta manera: a) acción de gracias, b) aclamación, c) epiclesis, d) relato de la institución y consagración, e) anámnesis, f) oblación, g) intercesiones, h) doxología final”. En cuanto a la aclamación, explica: “Toda la asamblea, uniéndose a las jerarquías celestiales, canta el *Santo*. Esta aclamación, que constituye una parte de la plegaria eucarística, la proclama todo el pueblo con el sacerdote”.

Esta ubicación dentro de la plegaria eucarística es bastante significativa, porque precisamente se encuentra entre el prefacio y la epiclesis; es decir, entre la acción de gracias y la invocación del Espíritu Santo sobre el pan y el vino que el pueblo ha presentado como ofrenda, para que se conviertan en el cuerpo y la sangre de Cristo. Al ser el *Sanctus* la aclamación de toda la Iglesia en el cielo y en la tierra, reunida de forma misteriosa (pero real) junto al altar para ofrecer el sacrificio perfecto del Hijo al Padre, significa que, en este mundo, se participa ya de la alabanza que la humanidad espera dirigir en la eternidad a Dios omnipotente.

Una vez que el sacerdote ha dado gracias a Dios por su obra salvífica en favor de la humanidad, por medio de su Hijo Jesucristo, la Iglesia no puede más que exultar de alegría y proclamar la santidad del que todo lo ha hecho y agradecer el misterio de la redención. Esta aclamación encierra en sí misma el sentir de toda creación, redimida en Cristo. Con razón expresa Antonio Alcalde: “El *Santo* es la liturgia de la tierra integrada en la liturgia del cielo. Cada celebración participa en la liturgia eterna de la Jerusalén celeste. En el canto del *Santo* de la más humilde de las misas de nuestras parroquias es toda la gloria del cielo la que misteriosamente hace irrupción en la tierra”²².

Después de esta aclamación sigue inmediatamente la invocación al Espíritu Santo (epiclesis), pidiéndole que actualice una vez más el sacrificio del Calvario en la mesa del altar bajo las especies de pan y vino, en las que la Iglesia, cuerpo

¹⁹ Cf. D. Borobio, *La celebración en la Iglesia. II. Los sacramentos*, Sígueme, Salamanca 1994, 316-319.

²⁰ M. Kunzler, *La Liturgia de la Iglesia*, EDICEP, Valencia 1999, 356.

²¹ Corresponde a la *Tertio editio typica* del Misal Romano, del año 2002.

²² A. Alcalde, *El canto de la Misa*, Sal Terrae, Santander 2002, 66.

de Cristo, se ofrece junto con él como la ofrenda perfecta y agradable al Padre²³. La misma Iglesia que exulta de alegría y aclama la santidad de Dios es la que se ofrece en el Hijo, por la acción del Espíritu Santo. “Acción de gracias, alabanza y ofrecimiento se integran en la plegaria eucarística para hacer de ella la oración más perfecta que los cristianos celebran”²⁴.

Con esta aclamación del *Sanctus*, por sencilla que parezca, la Iglesia toma conciencia de que el culto celebrado supera la propia realidad terrena y espacial, para unirse a la liturgia celeste de los ángeles y ser con ellos una voz que alaba a Dios y lo glorifica. En cada eucaristía, desde la más solemne hasta la más humilde (si cabe hacer esta distinción), esta aclamación hace que la Iglesia entera participe en la liturgia celeste que no cesa de gritar la santidad de Dios²⁵.

En Oriente surge también un himno de alabanza al Dios tres veces santo, conocido como el *Trisagion*, que tiene su origen en la época de las herejías, por lo que algunos autores piensan que surge como contestación anti-arriana. El primer testimonio de este himno se encuentra en un escrito de san Proclo, patriarca de Constantinopla (434-446), y está inspirado también en los textos de Isaías 6,3 y Apocalipsis 4,8, aunque con algunas modificaciones: “Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal, ten misericordia de nosotros” (tres veces).

Una tradición cuenta que, durante su patriarcado, hubo un violento terremoto en Constantinopla. El patriarca, acompañado de su clero, salió para prestar ayuda a sus feligreses, confortándolos e invitándolos a implorar la misericordia divina:

El *Menologio* griego de Basilio refiere que, mientras el pueblo imploraba la misericordia divina rezando el *Kyrie eleison*, un niño fue arrebatado por los aires hasta perderse de vista. Cuando volvió a la tierra, el niño declaró que había oído los coros angélicos que cantaban: ‘Santo Dios, santo y fuerte, santo inmortal’, y falleció inmediatamente después. El pueblo repitió esas palabras y agregó: ‘Ten misericordia de nosotros’. Entonces los temblores cesaron. Desde aquel momento san Proclo introdujo en la liturgia el *Trisagio*²⁶.

Unos años después, durante el Concilio de Calcedonia, se cantaba este himno y se utilizaba en la antigua liturgia galicana, en Francia. En las liturgias orientales, normalmente se proclama antes de las lecturas, aunque las liturgias jacobitas lo ponen inmediatamente antes del evangelio o entre la primera y la segunda lectura. En la *Divina Liturgia* de san Juan Crisóstomo, por ejemplo, el canto del *Trisagio* se prescribe de la siguiente forma²⁷:

Enseguida los troparios correspondientes son cantados, y el sacerdote, durante el canto, dice: ‘Santo Dios, que descansas entre tus santos, que eres ensalzado por los Serafines con el canto del Trisagio y que eres glorificado por los Querubines, adorado por toda potencia

²³ Cf. <http://interletras.com/musicaliturgica/Boletines/SANTO>.

²⁴ <http://interletras.com/musicaliturgica/Boletines/SANTO>.

²⁵ Cf. <http://interletras.com/musicaliturgica/Boletines/SANTO>.

²⁶ <http://profesorjuanra.blogspot.it/2013/10/san-proclo-de-constantinopla-obispo.html>.

²⁷ Juan Crisóstomo, *La divina liturgia de nuestro Padre entre los santos*, Ed. Exarcado Mexicano de la Iglesia Ortodoxa en América, Nueva York 1977.

celestial. Tú, que de la nada todo lo has traído a la existencia, que has creado al hombre a tu imagen y semejanza, y lo has adornado con todos tus dones; que das al que suplica sabiduría e inteligencia, y que no desechas al que ha pecado, sino que has dispuesto el arrepentimiento para la salvación, que has concedido que nosotros, humildes e indignos siervos tuyos, estemos ahora ante la gloria de tu santo altar y que te ofrezcamos debida adoración y gloria, tú mismo. Maestro, acepta aun de la boca de nosotros, pecadores, el himno del Trisagio y visítanos en tu bondad. Perdónanos toda ofensa voluntaria e involuntaria; santifica nuestras almas y cuerpos, y concede que te sirvamos en santidad todos los días de nuestra vida, por las intercesiones de la santa *Theotokos* y de todos los santos que, desde todos los siglos, te han agradado. Porque eres santo, Dios nuestro; te rendimos gloria a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén’.

Cuando el coro llega al último tropario, el diácono dice al sacerdote, inclinado y teniendo el orario como de costumbre: ‘Bendice, Señor, la hora del Trisagio’.

Acercándose el diácono a las puertas santas, dice: ‘Al Señor roguemos’.

Coro: ‘Señor, ten piedad’.

El sacerdote, habiendo signado al diácono, exclama: ‘Porque eres santo, Dios nuestro, te rendimos gloria a ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre’.

El diácono, señalando primero el icono de Cristo con el orario, dice: ‘Señor, salva a los piadosos y escúchanos’. El diácono, volviéndose hacia el pueblo y señalándole con el orario en su mano derecha elevada, concluye diciendo: ‘...Y por los siglos de los siglos’.

Coro: Amén.

Enseguida el canto del Trisagio: ‘Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, ten piedad de nosotros’. (*tres veces*). ‘Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén’. ‘Santo inmortal, ten piedad de nosotros. Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal, ten piedad de nosotros’.

El sacerdote y el diácono recitan lo mismo haciendo tres reverencias ante la santa mesa. El diácono dice al sacerdote: ‘Manda, Señor’. Y van hacia el trono, diciendo el sacerdote: ‘Bendito el que viene en el nombre del Señor’.

Diácono: ‘Bendice, Señor, la cátedra en lo alto’.

Sacerdote: ‘Bendito eres en el trono glorioso de tu reino, tú que te sientas sobre los Querubines eternamente, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén’.

El sacerdote no sube al trono ni se sienta en él, sino que se coloca a un lado de él hacia el sur.

En la Iglesia latina, especialmente en el rito romano, el *Trisagion* se canta el Viernes Santo, que deriva de la antigua liturgia del *presantificante*, común también en el rito bizantino, durante el rito de la adoración de la santa cruz, como uno de los improprios:

¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho? ¿En qué te he ofendido? Respóndeme.

Yo te saqué de Egipto; tú preparaste una cruz para tu Salvador.

¡Pueblo mío! ¿Qué te he hecho? ¿En qué te he ofendido? Respóndeme.

Hágios o Theós.

Santo es Dios.

Hágios Ischyrós.

Santo fuerte.

Hágios Athánatos, eléison himás.

Santo e inmortal, ten piedad de nosotros.

Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad²⁸.

²⁸ Misal Romano, “Plegaria eucarística II”.

Una vez que ha concluido el canto del *Sanctus* en la misa, la epiclesis o invocación al Espíritu Santo sobre el pan y el vino, está precedida por una aclamación, que varía de acuerdo a la plegaria eucarística, y que sirve para unir ambos momentos. La más breve, pero no menos importante, es la que se encuentra en la *Plegaria eucarística II*: “Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad”. Dos verdades fundamentales están aquí resumidas: Dios es verdaderamente santo y es la fuente de la toda santidad.

Como ya se ha visto, el hecho de que la Iglesia haga suyas las palabras de los serafines y de los seres vivientes: ‘Santo, santo, santo’, es porque también ella está ante el trono del Cordero. El altar, que representa la cruz, en la que se consuma el sacrificio perfecto de oblación al Padre, es el trono de Dios en la tierra; el mismo que el apóstol Juan ve en el cielo. Dios es el Santo entre los santos; la santidad suprema de la cual el cristiano participa por el bautismo y es él mismo el que se hará presente en el altar por la invocación del Espíritu Santo, en el pan y en el vino. Por esta razón toda la creación está presente en este momento para ofrecer, adorar y celebrar.

No puede haber, entonces, otra fuente suprema de santidad que el mismo Dios. Con razón en la Sagrada Escritura se dice: “Así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir, porque escrito está: ‘Sed santos, porque yo soy santo’” (1P 1,15-16). Es aquí, precisamente en la liturgia, donde se alcanza esta santificación, ya que somos santificados por él en el acto supremo de amor de Dios a la humanidad, la redención, que se actualiza en cada celebración eucarística como el misterio de nuestra fe.

Así pues, en la simplicidad de la expresión *f fuente de toda santidad* se resume toda la acción salvífica de Dios por el Espíritu Santo, que culmina en la revelación en Cristo. Esta noción le da también a esta aclamación la concepción de plenitud, que ya se había manifestado en el canto del *Sanctus*: “Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria, y en los dones del pan y del vino que están en el altar para ser transformados en el cuerpo y la sangre de Cristo, por la efusión del Espíritu Santo. Es este misterio el que santifica toda la humanidad. Así lo expresa la oración sobre las ofrendas de la fiesta de san Ignacio de Loyola:

Acepta complacido, Señor,
 las ofrendas que te presentamos
 en la fiesta de san Ignacio de Loyola,
 y concédenos que estos sagrados misterios,
 fuente de toda santificación,
 nos santifiquen también en la verdad.

ALCANZAR LA SANTIFICACIÓN DE LOS HOMBRES EN CRISTO

Por lo tanto, hermanos, tomando en cuenta la misericordia de Dios, les ruego que cada uno de ustedes, en adoración espiritual, ofrezca su cuerpo como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios (Rm 12,1).

La doble finalidad de la liturgia, de la que habla *Sacrosanctum Concilium* 10: “La santificación de los hombres en Cristo y glorificación de Dios”, permite dar un paso adelante y entender cómo cada uno de los signos, gestos, palabras y acciones en general, que motivan la participación consciente, activa y fructuosa (cf. SC 11) de los fieles en las celebraciones litúrgicas, realizan la santificación personal y comunitaria de la Iglesia, como cuerpo místico de Jesucristo (cf. SC 7). Es este, entonces, el punto clave de la liturgia, el que responde al porqué y al para qué de la misma, entendida como camino de santidad.

San Pablo invita a los fieles de Roma a ofrecerse a Dios como un sacrificio vivo, santo y agradable (cf. Rm 12,1). Esta es una nueva concepción del culto, que hasta la muerte de Jesucristo estaba sometido al ofrecimiento y al sacrificio de animales, con el fin de aplacar la ira de Dios y agradecer sus bendiciones. El apóstol trasciende las paredes del templo de Jerusalén, lugar santo de adoración al Dios de Israel, para llevar a los primeros cristianos a descubrir que cada uno es templo de Dios y que su propia vida, consagrada y ofrecida, vale más que cualquier ofrenda material.

El ofrecimiento del que habla el apóstol no se refiere solamente al cuerpo, sino que abarca toda la persona en su totalidad (cuerpo y alma). En adelante el ser humano no puede separar la religión de la vida cotidiana, sino que debe buscar ofrecerse día a día a Dios en lo que hace, piensa, dice y celebra. Desde este punto de vista, la santidad, más que separación, es distinción del cristiano, que ha convertido su existencia en una vida ética, de servicio y de entrega total a la voluntad de Dios. En razón del sacerdocio bautismal, toda su vida es un culto agradable a Dios, no solamente el momento puntual del rito, lo que hace que la liturgia sea más una experiencia de vida que un simple acto celebrativo.

Este sacrificio, además, debe ser *vivo, santo y agradable a Dios*. Al igual que en el Antiguo Testamento el mismo Señor indicó a Moisés y Aarón las condiciones que debían tener los corderos que se ofrecieran en la pascua (cf. Éx 12,5-6), san Pablo habla de tres características que debe cumplir el sacrificio de los cristianos. Es *vivo*, porque ya no es la sangre de los cabritos o corderos la que agrada a Dios, sino la propia vida, vivida en la plenitud de la fe, la esperanza y la caridad. Es *santo*, porque ante Dios, fuente y modelo de toda santidad, nada puede presentarse impuro; él mismo lo llena de su presencia y hace digno. Es *agradable*,

porque se asocia al sacrificio del Hijo, quien, como cabeza del cuerpo de la Iglesia, se ofrece nuevamente al Padre en cada uno de sus miembros.

Esta es la verdadera liturgia, la verdadera adoración en espíritu y en verdad que Dios exige y acepta (cf. Jn 4,24), la que le agrada como la más grande ofrenda de quien, por el bautismo, se ha constituido en sacerdote, profeta y rey. Es participar plenamente en el misterio de la redención que se actualiza cada vez que se celebra la liturgia. En efecto, la misma Iglesia aclama en la celebración eucarística:

La participación en los santos misterios
 aumente, Señor, nuestra santidad,
 y, al purificarnos de nuestros pecados,
 nos haga cada vez más capaces de recibir tus dones²⁹.

El apóstol san Pedro, en su primera carta, habla precisamente del trabajo constante de santificación que los cristianos deben realizar día a día, no solo como una tarea, sino, sobre todo, como un oficio inherente a su ser sacerdotal. Un trabajo que podría llamarse especialmente litúrgico: “Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1P 2,5). Doble connotación tiene este texto, en primer lugar, porque, como ya se dijo antes, es el ofrecimiento de sí mismo, como sacrificio *vivo, santo y agradable a Dios*; pero, en la antigüedad cristiana, el término *sacrificio* era aplicado a la eucaristía, sea en referencia al sacrificio de Cristo que ella representa, sea como cumplimiento del ‘sacrificio de alabanza’ del que habla el salmo 50 y que, según el profeta Malaquías, debe ser ofrecido en todas las naciones (cf. Ml 1,11).

¿Por qué y para qué, entonces, celebra el cristiano, que está en camino de santificación, la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo? Para *adherirse al Señor y hacerse uno con él, en el Espíritu* (1Cor 6,17), y porque en ella degusta y toma parte en aquella liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual se dirige como peregrino. Canta al Señor el himno de gloria con todo el ejército eclesial. Venerando la memoria de los santos, espera tomar parte con ellos y gozar de su compañía. Aguarda al salvador, nuestro señor Jesucristo, hasta que se manifieste él, nuestra vida, y la Iglesia se manifieste también gloriosa con él (cf. SC 8). Como reza la misma liturgia:

Pero no estamos solos para alabarte, Señor (...). También en el cielo la Virgen María, los apóstoles y los santos, te alaban sin cesar³⁰.

Este apartado de la *Plegaria Eucarística para niños I* hace referencia a una de las verdades de fe que se profesan en el Credo: la comunión de los santos, que en la liturgia, sobre todo en la eucaristía, se manifiesta de forma misteriosa, porque une la Iglesia peregrina y la celeste en la celebración de misterio sagrado de la

²⁹ Misal Romano, “Oración después de la comunión”: *Martes de la VII Semana de Pascua*.

³⁰ Misal Romano, “Plegaria eucarística para niños, I”.

redención. Los santos son aquellos que ya han alcanzado la plenitud en Cristo, porque ofrecieron sus vidas como un *sacrificio vivo, santo y agradable a Dios*, y ahora celebran la liturgia celestial adorando y contemplando al Cordero.

Desde el inicio del cristianismo, el título de santo era atribuido de manera particular a los cristianos que habían vivido de modo especial y plenamente su pertenencia a Cristo; es decir, a los mártires. Desde la segunda mitad del siglo II en Oriente y desde el inicio del III en Occidente, estos ocupaban un puesto importante en el recuerdo de la comunidad. La Iglesia celebra cada año su nacimiento al cielo, el día de su muerte, y se encomienda a su intercesión delante del Señor³¹. Esto es, precisamente, lo que manifiesta una de las oraciones de la misa votiva de Todos los Santos:

Oh Dios, fuente toda santidad,
por intercesión de tus santos,
que tuvieron en la tierra diversos carismas
y un mismo premio en el cielo,
haz que caminemos dignamente en la vocación particular
con que nos has llamado a cada uno de nosotros³².

Pero la intercesión de los santos no solo se pide por la Iglesia, de la que ellos hacen parte desde el bautismo, sino también para que su ejemplo de vida sea un testimonio para todos aquellos que van en camino de santificación, a fin de que todos los fieles puedan alcanzar la plenitud de la vocación a la que han sido llamados. El *Prefacio I de los santos* es un desarrollo teológico de esta comunión e intercesión:

Tú nos ofreces el ejemplo de su vida,
la ayuda de su intercesión
y la participación en su destino,
para que, animados por su presencia alentadora,
luchemos sin desfallecer en la carrera
y alcancemos, como ellos,
la corona de gloria que no se marchita³³.

Para los cristianos de todos los tiempos, la celebración en honor de los santos ha ocupado un lugar importante en la liturgia y se ha enriquecido con la piedad popular característica de cada región. Desde la vigilia nocturna que se celebraba junto a la tumba de los mártires el día del aniversario de su muerte, hasta la pública veneración de sus reliquias e imágenes, las procesiones y demás actos de piedad, han hecho del culto a los santos un elemento importante dentro la liturgia católica.

³¹ Cf. P. Jounel, "Culto dei santi": *Liturgia. Dizionario san Paolo*, San Paolo, Milano 2001, 1819.

³² Misal Romano, "Oración colecta": *Misa votiva de Todos los Santos*.

³³ Misal Romano, "La gloria de los santos": *Prefacio I de los santos*.

La fórmula actual de la canonización de un santo se inicia con estas palabras: “En honor a la Santísima Trinidad para exaltación de la fe católica y crecimiento de la vida cristiana (...)”. Canonizando a uno de sus hijos, la Iglesia canta sobre todo la gloria de Dios, es decir, proclama solemnemente el amor con el que el Señor se ha manifestado en él para revelar su propia imagen. Cada santo es una “alabanza y gloria de su gracia” (Ef 1,6); pero lo es solamente por el hecho que en él vive Cristo (cf. Gál 2,20). La santidad es, por lo tanto, identificación plena con Cristo³⁴.

La reforma conciliar expresa el misterio que encierra la celebración de los santos, que va más allá de la piedad popular y la veneración de las imágenes, y la enmarca dentro del misterio pascual de Cristo, como una participación total en su muerte, resurrección y glorificación a la derecha del Padre. Por esta razón el culto a los santos dentro de la celebración es la mejor síntesis de lo que la Iglesia peregrinante aspira ser cuando viva a plenitud la santidad a la que ha sido llamada por vocación divina. Dice la *Sacrosanctum concilium*:

Además, la Iglesia introdujo en el círculo anual el recuerdo de los mártires y de los demás santos que, llegados a la perfección por la multiforme gracia de Dios y habiendo ya alcanzado la salvación eterna, cantan la perfecta alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros. Porque, al celebrar el tránsito de los santos de este mundo al cielo, la Iglesia proclama el misterio pascual cumplido en los santos que sufrieron y fueron glorificados con Cristo, propone a los fieles sus ejemplos, los cuales atraen a todos por Cristo al Padre, y por los méritos de los mismos implora los beneficios divinos (SC 104).

Hoy la Iglesia venera con especial devoción en diversos momentos de la celebración litúrgica a todos aquellos que, reconocida su santidad de vida de acuerdo a la norma del evangelio, contemplan a Dios. En primer lugar, se ha mantenido su recuerdo en la oración por excelencia, que es la plegaria eucarística, para mantener la comunión entre la Iglesia terrestre y la celestial. La asamblea litúrgica es la familia convocada delante de Dios Padre y esta familia ora por el mundo entero, por la Iglesia peregrina sobre la tierra y por los hijos dispersos por todo el mundo, y lo hace con la intercesión de la Iglesia triunfante en el cielo.

La Iglesia continúa recordando también algunos santos el día de su muerte con diversas categorías de celebraciones: solemnidad, fiesta y memoria (obligatoria o libre), de acuerdo a la importancia que han tenido para la Iglesia universal y las Iglesias particulares; designa para ellos un formulario propio en la celebración de la misa y en la Liturgia de las Horas.

En primer lugar, venera a la Santísima Virgen que, como madre de Dios, participó en el misterio de la redención. Luego de ella, su esposo san José, san Juan Bautista y los apóstoles, entre los que se destacan Pedro y Pablo. Después ocupan un papel importante los mártires que, con su sangre derramada como la de

³⁴ Cf. P. Jounel, “Culto dei santi... 1833.

Cristo, manifiestan las maravillas de su poder³⁵. Suceden después los pastores, las vírgenes, los religiosos y demás santos, conservando siempre el criterio que la *Sacrosanctum concilium* establece para cada una de estas celebraciones: que estas fiestas no prevalezcan sobre los misterios de salvación y que se extiendan a toda la Iglesia aquellas que recuerdan a santos de importancia realmente universal (cf. SC 111).

SANTIFICACIÓN DEL TIEMPO

El misterio de Cristo celebrado en la liturgia, cada día y cada hora, se convierte en fuente de vida y santidad para la Iglesia.

La constitución dogmática *Lumen Gentium*, hablando de los caminos y medios para la santidad, subraya: “Pero a fin de que la caridad crezca en el alma como una semilla y fructifique, debe cada uno de los fieles oír de buena gana la Palabra de Dios y cumplir con las obras su voluntad, con la ayuda de su gracia, participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la eucaristía, y en otras funciones sagradas, y aplicarse de una manera constante a la oración, a la abnegación de sí mismo, al fraterno y operante servicio de los demás y al ejercicio de todas las virtudes” (LG 42).

Estos caminos de santificación a través de las diversas acciones sagradas, de los que habla el texto conciliar, que integran de forma extraordinaria la fe y la vida del creyente, al punto que no solamente le permiten avanzar en su camino personal de santidad, sino que también incrementan en él la caridad cristiana, la liturgia los recoge y celebra en diversos momentos y de diversas formas, entre los que cabe resaltar el ‘Año litúrgico’ y el ‘Oficio divino’.

En estas dos prácticas litúrgicas, la Iglesia manifiesta de modo admirable la obra sacerdotal de Jesucristo y la prolonga de tal forma que congrege a cada uno de sus hijos dispersos por el mundo en “un sacrificio sin mancha desde donde sale hasta el ocaso”³⁶. Tanto en la celebración de los misterios de la salvación de Cristo como en la oración constante, dice san Agustín: “Cristo ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; recibe nuestra oración como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, nuestra propia voz en él y su propia voz en nosotros” (*en. Ps.* 85,1).

‘Año litúrgico’

La celebración de los misterios de la redención a lo largo del año y la oración de la Iglesia en cada momento del día se realizan mediante ritos, lecturas,

³⁵ Cf. Misal Romano, *Prefacio de los santos mártires*.

³⁶ Misal Romano, *Plegaria eucarística III*.

oraciones que varían según una ordenación que hoy comúnmente se conoce con el nombre de ‘Año litúrgico’, que no solo sirve para dar un tinte particular a cada celebración, sino que permea el ritmo del tiempo, haciendo del devenir de la Iglesia un *kairós*, es decir, un tiempo de salvación en el que Cristo continúa ofreciéndose a sí mismo al Padre, como sacrificio perfecto.

El ‘Año litúrgico’ reúne el conjunto de las celebraciones del misterio de Cristo, que la Iglesia realiza a lo largo del año, de forma orgánica y progresiva. A través de ellas se actualiza, en el hoy de la historia, la misma historia de la salvación. Aunque la expresión ‘Año litúrgico’ surge en el siglo XIX en un momento cultural que presta gran atención a la historia y promueve grandes publicaciones relativas a los Padres de la Iglesia³⁷, la Iglesia ha considerado desde sus inicios “deber suyo celebrar, con un sagrado recuerdo en días determinados a través del año, la obra salvífica de su divino esposo” (SC 102).

Sin embargo, se debe evitar considerar el ‘Año litúrgico’ como una serie lineal de fiestas y de eventos que inician en un punto y terminan en otro, despojándolo del sentido teológico, litúrgico y pastoral que contiene, ya que en él existe una estrecha relación entre “el tiempo de la historia de salvación y el tiempo de la celebración del misterio de salvación”³⁸. No en vano el papa Pío XII, en la encíclica *Mediator Dei*, afirmó que “el ‘Año litúrgico’ es Cristo mismo, presente en su Iglesia” (MD 191).

Para comprender mejor la idea del ‘Año litúrgico’, en el marco de la santificación de los cristianos, es importante saber conjugar en él el tiempo, la historia de la salvación, el sacerdocio de Cristo y la Iglesia. La liturgia no pretende, en ningún momento, separar el tiempo ‘profano’ del tiempo ‘litúrgico’, como si fueran dos líneas paralelas que conducen a fines diversos, sino que hace del *chronos* un *kairós*; es decir, un tiempo de salvación que le permite vivir al cristiano la novedad de la redención obtenida por Cristo a través de la Iglesia.

El ciclo del año litúrgico, añade Righetti, es sobre todo la organización gradual de la vida espiritual de los fieles, en función del sacerdocio de Cristo. A través de cada uno de los sucesos de la vida de la cabeza, los miembros de su cuerpo místico son llevados a revivirlos, como si estuvieran presentes, y a realizar en sí los sentimientos de Cristo, asimilando sus frutos de santidad y de gracia³⁹.

La Iglesia, entonces, conmemorando así los misterios de la redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en

³⁷ Cf. M. Auge, *L’Anno liturgico, è Cristo stesso presente nella sua Chiesa*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 2011, 12.

³⁸ M. Auge, *L’Anno...* 9.

³⁹ Cf. M. Righetti, *Historia de la Liturgia. I. Introducción general*, BAC, Madrid 2013, 51.

cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación (cf. SC 102).

De aquí que el ‘Año litúrgico’ sea también un instrumento de santificación para los cristianos, ya que, entendido no como una repetición cíclica, según la idea pagana del eterno retorno, sino más bien como la historia de la salvación actualizada en cada uno, sobre todo en las acciones litúrgicas, se convierte en un movimiento abierto y ascendente hacia la plenitud del misterio de Cristo, y la Iglesia hace presente y comunica el don de la salvación día a día, hasta la manifestación gloriosa del Señor⁴⁰.

Liturgia de las Horas

La Iglesia, fiel al mandato de Cristo de orar sin desfallecer (cf. Lc 18,1), ha procurado los medios para que todos sus hijos, sintiéndose miembros de un mismo cuerpo, ofrezcan a Dios sacrificios de alabanza, ofrendas y oraciones, movidos por el mismo Espíritu que la vivifica e inspira aquello que debe decir. Para ello no solo celebra la eucaristía, memorial perfecto de Cristo, sino que también, “a través del Oficio Divino, ha procurado que la alabanza de Dios consagre el curso entero del día y de la noche” (SC 84).

Al igual que en el ‘Año litúrgico’, en la Liturgia de las Horas la Iglesia celebra de modo admirable el sacerdocio de Cristo, ya que es él mismo quien, unido a su cuerpo, eleva al Padre sin cesar el sacrificio de alabanza (cf. SC 84) y ofrece, a la vez, el tributo de los labios que bendicen su nombre (cf. Heb 13,15). Como afirma la *Sacrosanctum concilium*: “Por tanto, todos aquellos que ejercen esta función, por una parte, cumplen el deber de la Iglesia y, por otra, participan del altísimo honor de la esposa de Cristo, ya que, mientras alaban a Dios, están ante su trono en nombre de la madre Iglesia” (SC 85).

La santificación del tiempo es, pues, el objetivo principal del Oficio Divino y, por ello, la Iglesia ha establecido diversas horas, de forma que el cristiano aprenda a configurar su vida al ritmo del tiempo, ofreciendo a Dios un himno de alabanza y acción de gracias desde la mañana hasta la noche. Por esta razón, “ayuda mucho, tanto para santificar realmente el día, como para recitar con fruto espiritual las horas, que en su recitación se observe el tiempo más apropiado al verdadero tiempo natural de cada hora canónica” (SC 94).

No se trata de ‘orar por orar’, sino de hacer de la oración un canal de santificación, generando una comunión plena entre Dios y el hombre, entre Cristo y la Iglesia y entre la Iglesia cuerpo y cada uno de sus miembros. La santificación humana y el culto a Dios se dan en la Liturgia de las Horas de forma tal que se establece aquella especie de correspondencia o diálogo entre Dios y los hombres,

⁴⁰ Cf. A. Bergamini, “Anno liturgico”: *Liturgia. Dizionario...* 81.

en que “Dios habla a su pueblo y el pueblo responde a Dios con el canto y la oración”⁴¹.

Esta fue, precisamente, la preocupación de la reforma conciliar al reestructurar el rezo del Oficio Divino, reestableciendo las horas, suprimiendo algunas, reorganizando los salmos y enriqueciendo el rezo con lecturas bíblicas, de los padres de la Iglesia y del Magisterio y con himnos, a fin de que quienes participan en ella, pública o privadamente, degusten el sentido de orar y de conectar los labios y el corazón con la Iglesia y la creación entera que glorifica a su Creador.

Por esta razón el papa Pablo VI, cuando publicaba la nueva edición del breviario con la constitución apostólica *Laudis Canticum*, afirmaba:

Cuando la oración del Oficio se convierte en verdadera oración personal, entonces se manifiestan mejor los lazos que unen entre sí la liturgia y toda la vida cristiana. La vida entera de los fieles, durante cada una de las horas del día y de la noche, constituye como una *leitourgia*, mediante la cual ellos se ofrecen en servicio de amor a Dios y a los hombres, adhiriéndose a la acción de Cristo que, con su vida entre nosotros y el ofrecimiento de sí mismo, ha santificado la vida de todos los hombres⁴².

CONCLUSIÓN

La Iglesia, como madre y maestra, ha procurado, a lo largo de su historia, que el deseo del Padre de que todos sus hijos sean santos se pueda alcanzar a través de diversos modos. La liturgia, como *cumbre y fuente de la vida de la Iglesia* (cf. SC 10), ofrece a todos los bautizados, que ya participan de la vocación universal a la santidad, en razón del sacerdocio real de Cristo, la posibilidad de avanzar día a día a través de este camino, mediante las acciones sagradas que actualizan el misterio de Cristo.

Es así que, a través de los ritos litúrgicos, la oración de la Iglesia y la santificación del tiempo, el cristiano se va configurando día a día más plenamente con Cristo, cabeza de la Iglesia y, a través de él, con el Padre, fuente de toda santidad, hasta que pueda llegar un día a compartir la gloria bienaventurada de los santos en el cielo y proclamar las alabanzas del solo santo en la liturgia celeste, cantando sin cesar: “¡Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo! ¡Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria! ¡Hosanna en el cielo! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!”.

JUAN PABLO MARTÍNEZ PELÁEZ
*Colegio Internacional ‘San Ildefonso
 y Santo Tomás de Villanueva’
 Roma*

⁴¹ *Organización general de la Liturgia de las Horas*, 14.

⁴² Pablo VI, *Laudis canticum*, Roma 1970.



ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS
INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD E HISTORIA